

Jiménez de Quesada, el Letrado Soldado

Coronel Guillermo Plazas Olarte.

"Era de carácter firme y pronto para las resoluciones; constante en los propósitos, valiente y sufrido; de conversación instructiva; generoso, muy atento y comedido".

Gonzalo Jiménez de Quesada fue figura cimera en la conquista de América. Su nombre lo hemos pronunciado con veneración y gratitud en el trisesquicentenario de la fundación de Bogotá, ciudad ilustre, centro de cultura, nuestro mayor polo de desarrollo industrial y corazón de la patria.

Hace cuatrocientos cincuenta años, don Gonzalo ubicó a Santa Fe al pie de los cerros del oriente, donde existía la aldea Teusaquillo. De las doce casas pajizas y de los ciento sesenta soldados testigos del suceso, hemos pasado a través de un proceso de cambio, lento al principio y acelerado en los últimos lustros, a la urbe magnífica de cinco millones de habitantes.

Cuando Jiménez de Quesada cumple veinte años, ya es abogado y ha servido al emperador Carlos V, al tiempo que Hernán Cortés ha dominado a México o Nueva España.

Agitada y de múltiples facetas es la existencia del ilustre letrado, nacido en Granada en 1499 de padres de buen abolengo. Como tantos otros valientes, surca en pequeña nave el "mar océano" y arriba al nuevo continente.

El 10. de abril de 1536, el licenciado recibe de Fernández de Lugo el nombramiento de General de la fuerza destinada a descubrir las cabeceras del río Magdalena. Jiménez de Quesada guardará por algún tiempo en fino estuche la pluma del letrado, para ceñir la espada y dirigir una de las expediciones más osadas de cuantas registran las crónicas de aquellos años.

Sale de Santa Marta con seiscientos peninsulares de a pie y setenta caballos, sin contar la gente que navegará con suerte varia por el Magdalena, aguas arriba. A más de lucha continuada con las tribus que lo reciben con flechas envenenadas, tiene que habérselas, según anota don Juan de Castellanos, con



GONZALO JIMENEZ DE QUESADA

"Ciénagas, pantanos y lagunas,
pasos inaccesibles y montañas,
cansados de las plagas del camino,
garrapatas, murciélagos, mosquitos,
voraces sierpes, cocodrilos, tigres,
hambres, calamidades y miserias,
con otros infortunios que no pueden
bastantemente ser encarecidos".

En noche tormentosa, cuando acampan en plena selva, un jaguar toma a un dormido español y se lo engulle. En su lento avance hacia el sur, los caimanes tendrán abundante dieta de hombres blancos. Es el trópico en toda su avasalladora realidad.

Para su ventura, Quesada descubre un día mantas primorosamente tejidas y panes sal traídos de tierras ricas y pobladas de cuyas excelencias atestiguan nativos mercaderes. Don Gonzalo ha sido el osado, el sufrido, el que expone su vida. No obedecerá más a Fernández de Lugo. Los soldados que le restan serán suyos en las duras y las maduras. De su proceder, únicamente el rey ha de juzgarle! Desbrozando manigua, atravesando pantanos y torrentes, trepa la cordillera y avanza hasta alcanzar el verde manto de la Sabana, dominio del Zipa defendido por un ejército de emplumados lanceros y flecheros. Valle de los Alcázares denominan a la dilatada planicie poblada por los muiscas, por sus empalizadas que a lo lejos semejan soberbias fortalezas.

Esmeraldas halladas en Somondoco, oro y piedras preciosas tomadas en Tunja y Sugamuxi, van llenando las alforjas de los jinetes de Quesada que con el ancho pecho de sus caballos y el fuego de sus tronantes anula toda resistencia.

Es la conquista la epopeya de la energía humana, mezcla de heroicidad y de crueldades que van ganando tierras para el soberano peninsular y almas para la verdadera fe.

Han pasado dos años; es tiempo de darle al rey una ciudad. Por eso, el 6 de agosto de 1538, "estando todos juntos —anota fray Pedro Simón— Gonzalo Jiménez se apeó del caballo y arrancando algunas yerbas y paseándose, dijo que tomaba posesión de aquel sitio y tierra en nombre del invictísimo emperador Carlos V, su señor, para fundar allí una ciudad en su mismo nombre, y subiéndose luego en su caballo, desnudó la espada diciendo que saliese si habían quien lo contradijese, porque él la fundaría;

no habiendo quien saliera a la defensa, envainó la espada y mandó al escribano del Ejército hiciese instrumento público que diese testimonio de aquello con testigos".

En febrero de 1539, los soldados de Quesada que visten mantas de algodón y han repuesto sus cuerpos gracias al clima y a los cuidados de cobrizas nativas, presencian la llegada de más aventureros procedentes del Perú y Venezuela. Los primeros, mandados por Sebastián de Belalcázar, visten granas y sedas; pieles de animales salvajes los que llegan con Nicolás de Federmán por el oriente.

Legalizada la fundación de Santa Fe en abril de 1539, los tres generales siguen a España a delimitar sus pretensiones territoriales.

A Nicolás le echarán mano los banqueros alemanes; Sebastián regresará a estos suelos para morir en Cartagena en la miseria, enredado con la justicia por la ejecución del fundador de Cartago, Jorge Robledo.

Con escasos dineros, pero repleto de esperanzas, cargado de libros y premiado por la corona con el honroso título de Mariscal, tras once años de ausencia regresa Quesada a la tierra buena de la Sabana.

Ha progresado Santa Fe, risas de hermosas españolas ponen alegría en las yertas callejas donde hay casas de adobe; en la plaza, están ya los cimientos para el palacio de la Real Audiencia.

Por dedicarse a la lectura, algunos lo tildarán de loco; pero todos acuden al Mariscal cuando Alvaro de Oyón se rebela en el Cauca y el "Tirano Aguirre" en la isla de Margarita. No será necesaria la presencia del granadino en esas lejanías. Las horcas y las mutilaciones, los azotes y los grillos finiquitan los alzamientos.

Quesada, el letrado soldado, escribe antes y después de sus campañas para dejar a la posteridad libros históricos, algunos como el Antijovio, descubierto siglo y medio después de haberlo redactado. *Los restos de Suesca*, el *Compendio Historial*, el *Epítome* y sermones piadosos para la cuaresma, son frutos de su pluma. Soldados letrados serán también Nariño, Santander y Bolívar.

Quesada o Quijano, son los apellidos verdaderos de Don Quijote, según Cervantes. No es extraño que este caballero

andante de las Indias Occidentales, su pariente, a los setenta años se lance a los llanos en busca de la quimera de El Dorado, perdiéndolo todo en mil días de desventuras cuyos relatos parecen imposibles. La quiebra económica es total.

A los ochenta, se refugia en Mariquita aquejado de un mal parecido a la lepra. Muere soltero como el Ingenioso Hidalgo, debiendo seiscientos mil ducados.

"Cuando a Quesada se le van de entre las manos las conquistas del mundo escribe el maestro Germán Arciniegas —se despide de los hombres diciendo: ESPECTO RESURRECTIONEM MORTUORUM.

Los Cadetes de la Escuela Militar de 1938, Subtenientes del Curso "Girardot" en 1940, escoltamos las cenizas del Mariscal del cementerio central a la Catedral Primada. Con qué orgullo lo hicimos ¡Nos parece escuchar el toque de "silencio" ejecutado por el mejor corneta de la banda de guerra!

Quesada fue todo un hombre: acertó y tuvo yerros; combatió y se defendió; triunfó y fue derrotado; fue cruel y fue piadoso; gustó la miel del éxito y palpó el infortunio; fue rico y murió pobre. Pero nos legó a más de sus obras, una ciudad amable donde nació la patria y germinó la libertad.

Como homenaje a nuestra querida Capital fundada por el letrado soldado, Mariscal Gonzalo Jiménez de Quesada, repitamos con unción el himno del bardo boyacense Pedro Medina Avendaño, cuya última estrofa dice:

Flor de razas, compendio y corona
en la patria no hay otra ni habrá.
Nuestra voz la repitan los siglos:
Bogotá, Bogotá, Bogotá.

Temas Estratégicos